

## Veracruz, tierra de cañaverales. Grupos sociales, conflictos y dinámicas de expansión\*

---

Este libro es fruto del esfuerzo compartido de Luis A. Montero García y Virginia Thiebaut, quienes han logrado reunir en este volumen siete ensayos que recorren el horizonte azucarero veracruzano desde el siglo XVIII hasta nuestros días. Lo han hecho con profesionalismo y amor al oficio de historiar. La antología se inscribe dentro de la tradición de la historia regional que ha ido enriqueciendo nuestra comprensión de los procesos sociales y matizando las generalizaciones de la historia nacional.

Uno de los aciertos del libro es apuntar hacia la complejidad que entraña toda actividad productiva. Lo que interesa a los autores de esta obra es desmontar el mecanismo, es decir, la suma de artificios, de artimañas o, para emplear una palabra más respetable, de operaciones; ocuparse de los resortes, transformarse en relojeros, ver por dentro la maquinaria que mueve todo el proceso de producción del azúcar. El historiador quiere llegar más lejos que el juez, quien se contenta con condenar a muerte. El historiador quiere condenar a todos a vivir. Con la fuerza

de su investigación quiere arrancar de lo ignoto hasta los pensamientos y las palabras que no llegaron a formarse. Así, los autores nos llevan a conocer a muchos de los actores que participan en una actividad con arraigo centenario.

En las páginas de este libro transcurre ante nuestros ojos una historia que quisiéramos más dulce de lo que en realidad es. Ya desde el prólogo se nos advierte sobre la complejidad de la actividad azucarera y sus efectos en el paisaje y también en el trasiego de hombres. Una actividad percibida como fuente de cuantiosa riqueza y que, sin embargo, fue calamidad para los brazos que la produjeron, un monstruo que ha sido expresado en los relatos literarios: “De pronto, de la masa informe del cañaveral, mis ojos vieron como dos brazos largos que se venían hacia la hamaca donde me hallaba acostado. Eran brazos que crecían, hasta tornarse enormes. Después, después fueron más largos y se tendían a mí como para sacarme de la hamaca o estrangularme”. El libro abre precisamente apuntando a la crisis en el sector azucarero nacional que consiguió una enorme zafra en 2013 mientras los cañeros se empobrecían, el monstruo aludido en el relato continúa, entonces, amenazante.

El libro está integrado por textos de diversa temática, bordados alrededor

\* Luis A. Montero y Virginie Thiebaut (coords.), *Veracruz, tierra de cañaverales. Grupos sociales, conflictos y dinámicas de expansión*, col. Interdisciplina, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 2015, 264 pp.

de la caña. Dice Roberto Calasso que “la historia llega a sí misma cuando decide hacer hablar a las fuentes”, esa impresión tuve al leer estos trabajos donde algunos autores muestran una minuciosa y paciente labor en los archivos, en tanto que otros recurren a la historia oral, allí donde esa es la fuente más plausible.

El cultivo de la caña se afianzó en Veracruz prácticamente desde la Conquista: en 1524 se estableció el primer trapiche en la región de Los Tuxtlas y desde entonces los cañaverales no sólo forman parte de nuestro paisaje, sino crearon formas de organización productiva y espacial e incluso formas peculiares de interrelación entre los individuos dedicados a sembrar y transformar la caña. En este sentido, gracias al ensayo de Citlalli Domínguez podemos saber cómo, alrededor del azúcar, en el periodo novohispano, Coatepec se convirtió en el centro articulador de una red de caminos y de otras actividades económicas (estancias ganaderas) que debían sustentar a los trabajadores y, por otro, a los dueños de ingenios y fincas. En un trabajo original, la autora da luz sobre la presencia africana, el mestizaje y los diversos oficios ejercidos en los ingenios. Pardos, mulatos, morenos y chinos eran las denominaciones que se usaron para designar a los descendientes de las uniones entre negros, indios y mestizos, pero que tenían relación con el oficio desempeñado,

descrito con puntualidad y gracia por la autora.

Lo monstruoso de la industria azucarera radica sobre todo en su compulsiva extensión, su falta de límites. “El ingenio está vertebrado por una estructura económica y jurídica que combina masas de tierras, masas de máquinas, masas de hombres y masas de dineros, todo proporcionado a la magnitud integral del enorme organismo sacarífero”. Esta situación se hace evidente en el trabajo de Virginia Thiebaut dedicado a examinar las consecuencias de la expansión del cultivo de azúcar en el siglo XX a partir de un estudio de caso en la localidad de Lerdo de Tejada. Focalizando el estudio es posible percibir los efectos tanto de las políticas gubernamentales, como la dependencia del mercado exterior, la fluctuación de precios y la respuesta dada por los productores.

Luis Montero ha trabajado consistentemente desde hace ya varios años en el dulce oficio. De ello dan muestra los dos ensayos integrados en este volumen. En uno de ellos, su mirada busca otear en el largo plazo y en varias regiones azucareras del estado acerca de la forma en que se produce, es decir, la tecnología utilizada en la fabricación de azúcar, panela y aguardiente. Al leer este texto me vino a la mente un ensayo que recordaba el libro *Masa y Poder* de Elías Canetti, donde dicho autor señala: “Designo como *símbolos de masa* a las unidades colectivas

que no están formadas por hombres y que, sin embargo, son percibidas como masas. Tales unidades son el trigo y el bosque, la lluvia, el viento, la arena, el mar y el fuego. Cada uno de estos fenómenos contiene en sí características esenciales de la masa. Aunque no está constituido por hombres, recuerda la masa y la representa en mito y sueño, en conversación y canto, simbólicamente”. A diferencia de la arena, que aparece ya dada en la naturaleza, el azúcar debe obtenerse mediante procedimientos tecnológicos. “La máquina triunfa totalmente en el proceso fabril del azúcar”, esa parece ser la conclusión del primer ensayo. En el segundo, “San Antonio: historia familiar de un ingenio tlacotalpeño” (1870-1938)”, Montero García examina el auge y ocaso de una empresa familiar y de nuevo el estudio de caso, a manera de microscopio, nos acerca a los avatares de las comerciantes que deciden invertir en actividades productivas, hecho que ocurre no sólo en la industria azucarera, sino también en la minería.

El historiador tiene una tarea que en buena parte coincide con la de Proust, de examinar en el largo plazo una experiencia de vida; los recursos, sin embargo, son diferentes; de allí que el historiador debe construir y finalmente saquear la memoria de los demás. Esto es historia. Esto hacen Ángeles González Hernández y Manuel Reyna al referirnos el caso

de la conformación de una coalición de sindicatos independientes a partir de las escisiones del Sindicato de Trabajadores de la Industria Azucarera y Similares de la República Mexicana. Lo hacen mediante entrevistas y documentos provenientes de las asambleas. Nos regalan historia viva.

Finalmente, Noé Aguilar Rivera aborda un tema de gran actualidad: el de las biorrefinerías, vinculado a la utilización de la caña como biocombustible, “un producto alternativo de gran importancia, no imaginado hace unas pocas décadas”, como bien señala Horacio Crespo en el “Prólogo”. Este artículo justamente tiende un puente entre el pasado de la industria azucarera y los retos que enfrenta en la crisis actual, proponiendo una nueva orientación de las estrategias de producción. Se trata, en algún sentido, de una nueva revolución. ¿Cuál será el futuro? Esperamos poder saberlo.

*Rina Ortiz Peralta*  
Centro INAH-Veracruz

\*\*\*

Los estudios sobre la caña de azúcar en Veracruz han sufrido una notable transformación en los últimos años, pues no sólo se han incorporado nuevas temáticas de investigación sino que también se exploran algunas zonas que no se consideraban parte del paisaje cañero, sin que por ello se aban-

donen temáticas tradicionales como el análisis de los procesos productivos, las luchas sindicales de los obreros cañeros o el estudio de las innovaciones tecnológicas asociadas con el procesamiento del azúcar en los ingenios. Los siete capítulos que integran el libro *Veracruz, tierra de cañaverales. Grupos sociales, conflictos y dinámicas de expansión*, coordinado por Luis Montero y Virginie Thiébaud, se insertan en esta renovación de la mirada del fenómeno cañero, tanto en el pasado como en el presente, al mismo tiempo que se evidencia la conformación de un grupo de investigación que busca proponer soluciones a una crisis cañera que ha ocasionado, entre otras cosas, el cierre de ingenios con su consecuente estela de desempleo y crisis económica a nivel local, debido a que una buena parte de la población dependía de los ingresos provenientes de esta agroindustria. Este libro constituye una continuación, y sobre todo una ampliación, de los trabajos que se publicaron en el número 23 de la revista *Ulúa*, la cual se editó en el primer semestre de 2013 y cuyos artículos versan sobre temáticas similares, de tal manera que se encuentran trabajos sobre regiones cañeras, historias familiares, producción azucarera, impactos socioambientales y formulación de estrategias para enfrentar la crisis cañera, aunque en distintos espacios y con diferentes actores.

Resulta sugerente que los coordinadores trataran de establecer un diálogo entre el pasado y el presente, a fin de entender las razones que han ocasionado que la agroindustria cañera se encuentre en una etapa crítica. Los datos son contundentes: 48 ingenios funcionaban en las primeras décadas del siglo XX, número que ha sufrido una reducción drástica al grado que sólo quedan 20 en manos de un pequeño grupo de propietarios. ¿Qué ocasionó la debacle de una agroindustria que se mostraba promisoría?

Para responder a esta pregunta, los autores realizan un estudio de larga duración. En este sentido, Luis Montero identifica dos etapas en el desarrollo del cultivo de la caña de azúcar en Veracruz. La primera inició entre 1770 y 1860. Con las reformas borbónicas se propició la expansión del cultivo a diversas jurisdicciones de la intendencia veracruzana, situación que resulta significativa en virtud de que un producto como el tabaco buscó constreñirse a una región bien delimitada. Así, a la zona tradicional de cultivo, formada por Córdoba, Orizaba y Xalapa, se sumarían otras poblaciones en el norte y sur de la intendencia. El cultivo de la caña no se realizaba con la intención de obtener azúcar, sino que se producía aguardiente y panela debido a que la elaboración de estos dos productos no requería de una inversión económica mayor. El minucioso análisis que

Montero realiza de la información proveniente de los informes de los gobernadores, le permite mostrar que, en la primera mitad del siglo XIX, la producción de azúcar fue impulsada, en buena medida, por capital extranjero, el cual, además, comenzó a introducir maquinaria moderna para tal efecto. Sin embargo, el panorama cañero estaba dominado por la fabricación de aguardiente, pues los datos mostraban la existencia de más de 200 trapiches, aunque su número podría haber sido mayor, según sugiere el autor, debido a que la información obtenida por los funcionarios no era exacta. Aunque la tecnología utilizada en los trapiches era rústica, lo contrario sucedía en la fabricación de azúcar en donde se comenzó a introducir maquinaria “moderna”, lo cual facilitó que en la segunda mitad del siglo XX se produjera un notable crecimiento en la instalación de ingenios.

Este hecho marcó el inicio de la segunda etapa que se sitúa entre 1870 y 1930. Un número importante de ingenios se estableció en la población de Tlacotalpan, debido a sus condiciones físicas y geográficas. Montero menciona que la primera guerra de independencia de Cuba provocó que los comerciantes-hacendados tlacotalpeños decidieran invertir en la caña y a que se fundaran siete haciendas, en las cuales se introdujo maquinaria de vapor para su procesamiento y

se adquirieron barcos de vapor para facilitar el traslado de la producción. Con bastante minuciosidad, el autor analiza el nacimiento y decadencia del ingenio San Antonio que perteneció a la familia Lara Lagos. Éste alcanzó una gran producción en las últimas décadas del siglo XIX, pero su boyante situación se vería afectada por la aparición de otros ingenios que tenían mejor maquinaria, lo cual provocó que no sólo disminuyera su producción sino que tuviera que verse forzado a vender su materia prima a otros ingenios. La situación empeoró en las primeras décadas del siglo XX, debido a que los propietarios no invirtieron en la compra de maquinaria adecuada, así como tampoco tuvieron el cuidado de mejorar las condiciones de cultivo. La mala administración del ingenio ocasionaría su cierre en 1935, aunque, como bien advierte el autor, éste no fue el único ingenio que tuvo esa problemática, sino que más bien reflejaba un panorama económico más sombrío, mismo que ocasionó que en 1935 sólo quedaran 18 ingenios de 34 que se registraron en 1929.

Aunque la innovación tecnológica resulta fundamental para mantener en funcionamiento a los ingenios, no se debe obviar las condiciones políticas, económicas y sociales en las que se desarrollan las actividades cañeras, tal como lo muestra Virginie Thiébaud en su estudio de dos ingenios, el San

Francisco y el San Pedro, mismos que se ubican en el municipio de Lerdo de Tejada. Éstos comenzaron como trapiches artesanales pero se convirtieron en ingenios modernos en las primeras décadas del siglo XX. La autora muestra que aunque los dos ingenios tuvieron orígenes similares, siguieron distintos derroteros que, a la postre, traerían aparejados distintos resultados. San Francisco se convirtió en una sociedad cooperativa entre 1936 y 1963, mientras que el segundo se convirtió en propiedad del Banco Ejidal en 1940 para después ser vendido a una compañía industrial en 1968. Los dos pasaron a depender, en la década de 1970, de la paraestatal Azúcar S. A., pero en la década de 1980 se venderían a particulares, quienes no mejoraron su capacidad productiva. La crítica situación que vivió el campo cañero en la década de 1990, provocó la expropiación de 27 ejidos, entre los que se encontraban los que son objeto del estudio, mismos que pasaron a manos del Fondo de Empresas Expropiadas del Sector Azucarero (FEBSA). La autora muestra que los campos cañeros que abastecían a los dos ingenios se dedicaron a cultivar otros productos, lo que generó que en 2006 se tuviera que buscar materias primas en otras áreas. Los dos ingenios cambiaron de propietario: San Francisco lo haría en 2005 y San Pedro en 2009. El cambio no trajo consigo el mismo efecto:

San Francisco enfrenta una crisis que podría significar su cierre, en tanto que San Pedro no sólo ha aumentado su producción sino también su superficie de cultivo, gracias a una serie de medidas que han favorecido a los trabajadores y a los cultivadores.

Al análisis de las condiciones pasadas y presentes de la agroindustria cañera, se suma una propuesta de la manera en que se podría afrontar la crisis azucarera a futuro. Noé Aguilar plantea que la agroindustria de la caña resulta estratégica en función de que podría convertirse en proveedora de energía, situación que facilitaría un desarrollo regional sostenible y divisas por la exportación. Sin embargo, los análisis muestran que México tiene deficiencias en la productividad y en la eficiencia de la extracción y recuperación de sacarosa en los ingenios. El autor considera que la agroindustria cañera debe orientarse a cuatro rubros: cogeneración de energía, producción de azúcares, producción de etanol y producción de derivados de la caña. Su propuesta se sustenta en el hecho de que la caña de azúcar en Veracruz es el principal cultivo perenne y agroindustrial del estado, pero tiene el problema de que no se cuenta con infraestructura social y tecnológica que la favorezca, pues sólo nueve ingenios se pueden considerar modernos, motivo por el que propone que se debe pasar de la agroindustria azucarera a las biorrefinerías de caña de

azúcar para la producción de etanol y la cogeneración de electricidad, asunto que no resulta sencillo por los diversos factores económicos, sociales, políticos y ambientales que lleva implícitos. Aunque la propuesta resulta sugerente, no se toman en cuenta aspectos como el debate que se ha tenido en los últimos años respecto a la utilización de productos alimenticios para la producción de biocombustibles.<sup>1</sup> Sin duda, el autor busca ofrecer alternativas para la agroindustria de la caña, pero éstas, para algunos sectores sociales y académicos, no resultan viables en función de que la caña es un monocultivo que,

además, tiene la desventaja de que consume grandes cantidades de agua.

En el libro *Veracruz, tierra de cañaverales* no sólo se reúnen importantes estudios históricos y sociológicos que permiten entender las dimensiones de la problemática azucarera en Veracruz, sino que también se busca, en la medida de lo posible, encontrar soluciones que permitan paliar la crisis que vive una agroindustria que le ha dado identidad al estado de Veracruz.

*Rogelio Jiménez Marce*  
Instituto de Ciencias Sociales  
y Humanidades, BUAP

<sup>1</sup> Véase, por ejemplo, Arcelia González Merino y Yolanda Castañeda, “Biocombustibles, biotecnología y alimentos”, *Argumentos*, vol. 21, núm. 57, 2008; Jorge Laine, “Los biocombustibles en la crisis energética y alimentaria”, *Interciencia*, vol. 33, núm. 8, 2008; Orlando Acosta y Alejandro Chaparro, “Biocombustibles, seguridad alimentaria y cultivos transgénicos”, *Revista de Salud Pública*, vol. 11, núm. 2, 2009; Ángela María Wilches, “Biocombustibles: ¿son realmente amigables con el medio ambiente?”, *Revista Colombiana de Bioética*, vol. 6, núm. 1, 2011.